

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

'La cultura del miedo'. Algunas reflexiones acerca del terror de Estado en la memoria colectiva.

Marcelo Oscar Ignoto.

Cita:

Marcelo Oscar Ignoto (2005). *'La cultura del miedo'. Algunas reflexiones acerca del terror de Estado en la memoria colectiva. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/436>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Rosario, 20, 21, 22 y 23 de septiembre de 2005

Mesa Nº 46: **“Violencia política, represión y construcción de las memorias en la Argentina”**

Coordinadores: Gabriela Aguila (UNR) - Ludmila da Silva Catela (UNC)

“LA CULTURA DEL MIEDO”
ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DEL TERROR DE ESTADO
EN LA MEMORIA COLECTIVA

Prof. Marcelo O. Ignoto (UNMdP)

*“Si la gente tiene miedo se cobija bajo la bandera.
Busca el refugio del poder cuando tiene miedo...”*

Noam Chomsky

La memoria constituye la matriz de la historia. A partir de la narrativa de testimonios que confluyen y rivalizan de acuerdo a una multiplicidad de percepciones se construye la memoria social, o memoria colectiva. Esta memoria, tal como sugiere Paolo Jelowski, más que un conjunto homogéneo y coherente de representaciones del pasado debe ser pensada como un lugar en permanente tensión: “el pasado que ella custodia es la puesta en juego de conflictos que lo formulan y reformulan incesantemente”.¹

Si bien al ahondar el pasado se recuperan reminiscencias que constituyen el cuerpo de la memoria, al mismo tiempo esta se construye de acuerdo al momento particular en que se evoca. Esa volubilidad es una característica presente de sociedades que han padecido situaciones extremas. Cuando se intenta analizar dichos procesos se percibe en los entrevistados un trabajo de reconstrucción, de elaboración en la narrativa de los testimonios en función del discurso público que se evoca, inconstante por cierto, por los avatares políticos y sociales de los últimos años. En ocasiones, ese trabajo de reconstrucción narrativa está sujeto a un espacio

¹ Paolo Jelowski; La sociología y la memoria colectiva. En: Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli, David Bakhurst (Eds.); Memoria colectiva e identidad nacional, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000. p. 127.

vedado de la memoria movido por una intencionalidad al olvido o abuso de este que dificulta explicar hechos tan traumáticos como el de la última dictadura militar en la Argentina. Es posible que esta evasión u oclusión de la memoria tenga lugar en una sociedad que aún no está dispuesta a recordar las responsabilidades morales y políticas que permitieron la criminalidad del eufemísticamente llamado “*Proceso de Reorganización Nacional*”. En este sentido, la labor del historiador es rescatar de ese espacio vedado la existencia inconsciente de recuerdos que fluyen cuando con sus preguntas invoca a los demonios del pasado.

Desde ese marco, este trabajo procura analizar las percepciones de los ciudadanos comunes ante el terror de Estado impuesto por la última dictadura militar y, más específicamente, comprender la vivencia del miedo como experiencia colectiva cotidiana, inhibidora de reacciones sociales. A partir de evocaciones individuales, proponemos entender cómo son revividas ciertas particularidades del período que aluden al sentido y la función política del miedo que, en nuestra hipótesis, habría servido para eliminar el disenso e imponer profundos cambios de corte neoliberal en el contexto de la doctrina de la seguridad nacional.

Las fuentes utilizadas son, fundamentalmente, encuestas y entrevistas recogidas en la ciudad de Mar del Plata a adultos mayores de 75 años, entre los meses de junio y septiembre de 2002, un período signado por la crisis que sucedió al “*argentino*” de fines del año anterior, imbuido por un clima generalizado de desaliento que, sin duda, influyó en las representaciones recogidas². En la memoria de los individuos se entrelazan la denuncia, la indignación, la culpa, la negación, el olvido y la resistencia a hablar del período. Procuraremos recuperar esa heterogeneidad de la memoria para aproximarnos a la que llamamos la “*cultura del miedo*”, entendiendo por tal, un estado de temor inducido por el aparato represivo estatal que se extiende desde los espacios públicos hasta la esfera privada de los individuos, que hizo de esta dictadura la más feroz que asoló a la Argentina³.

² Marcela Ferrari, Miguel Taroncher (comps.); Política y Sociedad en la Argentina después de 1945. La visión de los mayores. ISBN 987-544-091-4. (Formato CD ROM). (Para preservar la identidad de los entrevistados, los testimonios se reconocerán sólo con las iniciales de los mismos).

³ Este concepto se encuentra en discusión dentro del grupo de investigación “*Actores Políticos y Poder en la Argentina. Siglos XIX y XX*.” Dicho grupo es dirigido por la Dra. Marcela Ferrari. (UNdMP).

Consideraciones preliminares: el monopolio de la memoria

Las conmociones políticas y sociales adquieren en la esfera privada una interpretación particular, sumamente heterogénea y en ocasiones contradictoria de los acontecimientos. Esta heterogeneidad está presente en la memoria de los entrevistados a partir de las imágenes, ideas y discursos que se evocan. Las respuestas e interpretaciones que se construyen por medio de la memoria dejan abierto el debate que lleva a la “verdad histórica”. En ese sentido, Hugo Vezzetti destaca dos componentes en ese cruce entre historia y memoria: Por una parte, un componente intelectual de la memoria, que arrastra una voluntad de conocimiento y se propone no sólo repudiar, denunciar, sino entender. Por otra, un componente ético que convierte a ese saber en un interrogante que vuelve sobre la propia sociedad comprometiendo la memoria con la responsabilidad del presente. Responsabilidad que impide repetir los errores del pasado⁴.

Los años del terror de la última dictadura procuraron callar esa multiplicidad de ideas a partir de un discurso programático pero fundamentalmente, en la brutalidad de su accionar. La violencia, entendida en todas sus formas, pretendió imponer una arbitrariedad cultural fundada en el miedo que respondía a los intereses y objetivos del gobierno. Así, del monopolio del poder coercitivo que ha perdido toda racionalidad, sobrevino el ‘monopolio de la memoria’; estado por el cual no sólo se niega la instancia política, sino también la percepción que se tiene del presente y del pasado.

Como sostiene Paul Ricoeur, la ideologización de la memoria es posible gracias a los recursos de variación que ofrece el trabajo de configuración narrativa. La selectividad en el relato así como las estrategias del olvido se injertan en este trabajo de configuración: “siempre se puede narrar de otro modo, suprimiendo, desplazando los momentos de énfasis, refigurando de modo diferente a los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la misma”.⁵

⁴ Al respecto ver, Hugo Vezzetti; Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2003.

⁵ Paul Ricoeur; La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004. p. 572.

En el caso de la dictadura, cuando el poder toma la dirección de la configuración narrativa mediante la intimidación y el terror, manipula aquello que constituye la historia autorizada u “oficial”. Al hacerlo, utiliza una forma de olvido que desposee a los actores sociales de su poder originario de narrarse a sí mismos. En ocasiones, este desposeimiento va acompañado, como indica Ricoeur, de una complicidad secreta; de un comportamiento semipasivo y semiactivo que lleva a la evasión y a la esquividad motivada por la oscura voluntad de no informarse, de no querer saber.

“Mirá, nosotros no estábamos enterados, los argentinos, de lo que estaba pasando en el país. En ese momento estábamos todos contentos porque ganábamos el Mundial, pero lo que estaba pasando era una cosa que todavía no la podemos asumir ni creer.” (NF)

“Y hoy me parece una atrocidad lo que hicieron. Torturar chicos ... qué sé yo, todas esas cosas. Fue terrible. Ahora me parece mal. En aquel tiempo ignorábamos, no sabíamos lo que pasaba. Nosotros en el año '78, ¿viste? Parecía que estaba todo bien. Venían los de derechos humanos ... Y ponían unos cartelitos en los autos: ‘Los argentinos –no, ¿cómo era?-somos derechos y humanos’. (LA)

“Qué sé yo para contestarte” (R)

“El golpe no me pareció ni mal ni bien, no tenía claro qué pasaba” (MD)

“Nunca me ocupe tanto de la política. Hay cosas que no recuerdo ...” (L)

Testimonios como los anteriores, de semi ignorancia o de desentendimiento de los acontecimientos, son complementarios de otro que incluso pueden llegar a la negación:

“Prefiero no opinar de eso (...)” (AM)

“Algunas acciones han sido muy tristes, no para recordar ...” (MM)

“Yo no estoy ... no puedo decirle si hubo o no hubo robo de bebés [ahora hablándole a la esposa] No no no!! Por más que me pongas caras. [sigue hablando con el encuestador] Yo no sé si hubo ... robo de bebés ...” (SH)

Estas percepciones chocan abiertamente con las personas afectadas directamente por el régimen militar. Tal es el caso de una madre que buscaba infructuosamente a sus dos hijos desaparecidos en los días que se festejaba el triunfo de Argentina en el Mundial de fútbol:

“Terrible, terrible, fue una pantalla Yo estaba haciendo cola en la Avenida de Mayo eh... esperando que la Comisión de Derechos Humanos que había enviado los Estados Unidos nos recibiera y pasaron por la Avenida de Mayo los camiones con las banderas y victoreando los argentinos que habíamos ganado, grandes y que se yo cuanto. Todo una pantalla. Estaban las dos caras de la Argentina ahí.” (PC)

Cuando los intereses que sustentan el discurso “desde arriba” destinado a expropiar a la sociedad de su memoria se ven amenazados, los regímenes dictatoriales recurren, como en el caso argentino entre 1976-82, a las prácticas del terror. A su vez, dichas prácticas se retroalimentan por el miedo de las representaciones de un enemigo del cual se toma distancia: ‘la guerrilla’, reduciéndola a la expresión ‘subversión apátrida’ como forma de definir todo aquello enemigo de los “valores prístinos de la Nación integrada en la cultura occidental y cristiana”. De esta manera, el Estado, con el fin de silenciar eventuales disidencias, recrudesció la dimensión ideológica de su discurso y la impregnó de cierto mesianismo, lo cual llevó al despojo de los derechos, de la condición humana de los sentenciados por el régimen. Y los implicados en la cuestión lo justifican.

“Yo no creo que la sociedad actuara por terror. Creo que le reclamó a las Fuerzas Armadas o que avaló lo que hicieron. Algún exceso en los

procedimientos, como se hablaba en aquel momento, no era rechazado. Era aceptado (...)
*Sí la mayoría de la ciudadanía se hubiera manifestado en contra, las cosas hubieran sido distintas.”*⁶

El oficial Scilingo, implicado en el terrorismo de estado, continúa afirmando al referirse al destino final de muchos desaparecidos que eran lanzados vivos desde aviones al río:

*“Era un acto supremo que se hacía por el país. Un acto supremo.”*⁷

Así, para los implicados en la represión, la violencia de este período adquiere un carácter inevitable y trivial. Y esto en el seno de una sociedad que se repliega y va perdiendo irremediabilmente el espacio público que le era propio.

Al institucionalizarse la memoria, de forma manipulada, conforma una identidad forzada y un recuerdo que presenta incongruencias con las huellas que perviven del proceso. Más aún, como advierte Gabriela Cerruti la dominación a través del miedo tiene consecuencias que se transmiten de generación en generación tales como la destrucción de la esfera pública, el aislamiento de los individuos, la ruptura de las redes sociales y la atomización de la sociedad que lleva a la fragmentación de relatos y a la incapacidad de entender la dimensión de lo que está sucediendo⁸. A esto hay que sumar la falta de información por parte de los medios de comunicación en gran medida silenciados, que recurrentemente se transforman en cómplices de dichos procesos.

Así, la imposición del discurso recuerda la novela de George Orwell, *1984*, donde la maquinaria de Estado triunfa sobre el individuo. En este caso la memoria se hace inconsistente y manipulable como la sociedad misma. De forma análoga, volviendo

⁶ Declaración de Adolfo Scilingo en: Horacio Verbitsky; *El vuelo.* “Una forma cristiana de muerte.” Confesiones de un oficial de la armada. Editorial Sudamericana. Bs As, 2004. p. 32.

⁷ Ibid.

⁸ Gabriela Cerruti; “La historia de la memoria”. *Puentes*. Año 1, número 3. Comisión provincial por la memoria, La Plata, Marzo 2001.

al caso en análisis, la interpretación del período en cuestión, se funda en la construcción de una memoria limitada y reductible a una concepción desvirtuada de los hechos. Sólo algunas huellas aisladas que signaron este proceso aparecen inalteradas. “No hay memoria del horror, sólo vestigios o marcas”.⁹

En vista de esto, se rescata la importancia de la historia oral como instrumento capaz de rescatar de la memoria de los entrevistados, por medio de la evocación de las experiencias vividas, la impresión, la afección o en términos de Paul Ricoeur, la “huella psíquica” que ha permanecido, podríamos decir, incorruptible con el paso del tiempo.

La idea de la guerra interna y la justificación del terror.

Tzvetan Todorov, al referirse a la memoria y a los acontecimientos que dejan huella en las sociedades, identifica dos tipos de memoria o formas de recordar: la literal y la ejemplar. La primera ocurre cuando se recuerdan simplemente los hechos; la segunda, en cambio, cuando se sabe por qué y para qué ocurrieron estos hechos.¹⁰ En este sentido, María Seoane dando cuenta de la forma de entender este proceso desde un punto de vista generacional, en particular desde la visión de los más jóvenes sostiene que éstos tienden a olvidar sucesos cuyas consecuencias y origen no pueden explicar. *“No logran entender las razones profundas de la dictadura: no fue una de bandoleros locos ni de demonios desatados. Ahora lo sabemos: ocurrió por las trágicas conmociones políticas y sociales de entonces”*.¹¹

Sin embargo, esta falta de comprensión de ese período de la historia o en términos de Todorov, memoria ejemplar, es una característica de aquellos que han experimentado, particularmente en menor medida, las crueldades de la dictadura. Incomprendido en su momento, y con posterioridad, su discernimiento inmediato para explicar el proceso abreva en los cánones de entonces, en el discurso

⁹ Marcelo Viñar. “Sobre lo público y lo íntimo en la Memoria del Terror”, en: *Ensayos y experiencias*. Nº 40, Sep. / octubre de 2001. Ediciones Novedades Educativas, Buenos Aires. p. 75.

¹⁰ Clarín, 24/04/05. “Memorias y olvidos de los argentinos del juicio a los crímenes dictatoriales. Encuesta a María Seoane. P. 10.

¹¹ *Ibíd.*

institucionalizado que recuerda a antiguas antinomias de la historia argentina. En ese momento, esa antinomia se reduce a los militares o al camino que lleva a la subversión. La izquierda, sobre todo montonera, había construido sus mitos históricos inventando en el pasado argentino las figuras y las escenas de sus proyecciones revolucionarias. De modo equivalente, la dictadura evocaba el restablecimiento del orden perdido, si fuera necesario, destruyendo en el marco de la ilegalidad la amenaza subversiva. Esa situación, plagada de representaciones de ambos bandos contribuyó significativamente a la idea de un Estado en guerra. Una guerra interna, revolucionaria que dejaba a la política en segundo plano. Y la memoria individual es permeable a ese clima de ideas.

“Tenían que combatirlos como los combatieron; mataron gente, porque ellos mataron también (...) eso fue una batalla, una guerra” (JA)

“Yyy el país estaba...en una, en un estado calamitoso (...) Así que había que tomar una determinación. Yo creo que (...) para mí, fue la revolución tal vez (...) que ...se hizo con o el pueblo la recibió (...) como siii viniera alguien a, a sanear y a salvar la patria. Porque era un desastre el país en ese momento...” (E)

El entrevistado cambia su punto de vista luego de lo vivido:

“¡Noo! Después de lo que ví, de lo que pasó ¡no! Yo, los recibí con los brazos abiertos pensando en que venían para... como dijeron ellos la Reorganización Nacional y eso..pero no pasó...!al contrario!” (E)

“Sí, sí hubo muchísima gente que respiró con alivio porque ya lo de María Estela y lo de López Rega y lo de la Triple A era asfixiante. Entonces estos sectores parecía que venían a salvar a la patria. Muchos, muchos nos equivocamos”. (AB)

Otros testimonios, si bien avalaban la lucha antsubversiva, estaban en desacuerdo con los métodos utilizados:

“Lo que hicieron mal las Fuerzas Armadas era no dar los nombres y por qué lo hacían. Eso lo hicieron mal, no que los hayan matado a los guerrilleros. Lo que hicieron mal era no nombrar a los que los mataron y por qué, Entonces todo lo que vino después se hubiera subsanado” (F)

“Muy mal. No se puede matar a alguien sin hacerle un juicio. Si le hubieran hecho un juicio y hubieran dicho este señor... la gente tendría que aplaudirlos y verlos en la Plaza de Mayo, como se fusilaba antes.” (NG)

“... teniendo dos dedos de frente, que nunca lo tuvieron, agarran a los tipos reunidos, los llevan “usted hizo esto y esto” y lo publico y si lo tengo que matar lo mato. Pero una cosa es venir a escondidas, encapuchados (...) Y después salía que se dio un enfrentamiento y que mataron a tanta gente” (T)

“Los agarraban, los ponían en un coso, los martirizaban. Pero... podían haber sido más derechos, no, en la forma. Eso fue un poco atropello. Como si tuvieran ganas de sangre.... No sé qué se pensarían. Jugar a la guerra, a la maldad, otra cosa no sé. ¡Pobrecitos!” (AM)

El fundamento ideológico del golpe

El fundamento ideológico que permitió ese escenario tiene que ver con la doctrina de la Seguridad Nacional. Como sostiene Waldo Ansaldi, la bipolaridad del mundo tras la segunda Guerra Mundial llevaba a la desaparición de las guerras convencionales y a su reemplazo por guerras ideológicas disputadas dentro de las fronteras nacionales de cada país¹². En esta contienda, los Estados Unidos habían

¹² Waldo Ansaldi; *“Matriuskas de terror”*. En Alfredo Pucciarelli (coord.); Empresarios tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura. Buenos Aires. Siglo XXI Editores Argentina, 2004.

asumido la responsabilidad de luchar contra la escalada comunista. Y el gobierno de *facto* argentino abrió varios frentes en pos de la misma causa -militar, político, económico, cultural e ideológico-, con el objetivo de frenar todo movimiento social que pudiera desembocar en “subversión interna” o “guerra revolucionaria”. Para las Fuerzas Armadas, el peronismo había dejado de ser una barrera de contención a la subversión para convertirse en su propia potencialidad movilizadora. El agotado Estado populista había exaltado las expectativas de los sectores populares y aumentado a un nivel intolerable la gravitación de las organizaciones sindicales. En ese marco de crisis institucional, trivializada o incomprendida la violencia política, el “*retorno de las botas*” aparecía como el mal menor.

A través del componente ideológico proveniente de los EEUU, la idea de la seguridad nacional era el diagnóstico que resumía una amenaza a la que había que hacer frente con métodos no convencionales. La novedad de este tipo de procedimientos estriba en que se realizan dentro de las fronteras del país y no en escenarios externos.¹³

En ocasiones, los entrevistados responsabilizan la crudeza de la lucha contra la subversión al gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón. La expresión “*aniquilar la subversión*” primero en Tucumán y luego a todo el territorio nacional es vista como un cheque en blanco en manos de los militares.

“Yyy... no sé que decirte porque eeh la orden de aniquilamiento la dio un gobierno constitucional y el decreto la palabra que empleaba era aniquilamiento y empezaron por, por la provincia de Tucumán. Lo que me llama mucho la atención es que ese decreto fue firmado por, el primero por Isabel Perón, que era la Presidenta constitucional (...)” (P)

Más allá del origen de la violencia, sea por parte de la guerrilla o de las Fuerzas Armadas, es vista en la mayoría de los testimonios como un retroceso para el país.

“Todo en prejuicio del país. Todas las acciones que cometieron ellos, todos los hechos que cometieron ellos, de violencia, de secuestros,

¹³ Los métodos del terror entre los que cuentan los escuadrones de la muerte y la desaparición de personas habían sido utilizados por los franceses en Argelia y por EEUU en la guerra de Vietnam.

crímenes y demás, y todos los excesos cometidos... yo los condeno, los condené los condeno y los seguiré condenando por siempre, de la misma manera que condené oportunamente los excesos por parte del militarismo". (AS)

Incluso, se refleja en algunos casos, una percepción de pérdida de autodeterminación. Sin embargo, esta aparece sólo en forma escueta.

"No, no, no. Todo lo que ha hecho las Fuerzas Armadas estoy en contra. Pero también estoy en contra de los guerrilleros, por la forma en que actuaron. Porque también iban a buscar, para matar (...) Por eso, yo te digo, de esa época que te nombro hasta ahora, desde que entraron los militares, hasta ahora, nadie gobernó el país. Lo gobierna Estados Unidos". (BM)

La política: una nueva forma de fobia

La percepción del miedo en los entrevistados está indirectamente relacionada con su compromiso con la política. Aquellos que tuvieron militancia política están más propensos a narrar sus experiencias; en cambio, los que no, tienen una actitud más temerosa, más cauta por la experiencia colectiva propia de su generación.

Por otro lado, aquellos que fueron militantes aceptan de una forma particular la violencia. No les resulta ajena. La reconocen como un efecto colateral de los trastornos políticos de entonces aunque en la mayoría de los casos no es compartida¹⁴. Para las personas que nunca militaron, en cambio, la violencia los escandaliza. Tratan de evadirla y para esto generan una serie de mecanismos entre los que cuenta la intencionalidad al olvido, la evasión o la ignorancia hacia estos temas.

Sin embargo, no sólo la violencia conduce al miedo. La sola idea de estar ligado a una actividad pública, apartada del discurso oficial, podía ser considerada como acto de oposición y resistencia al poder y castigada como tal. Esto trajo consigo un temor

¹⁴ En los damnificados directos este rechazo es absoluto.

hacia lo político, hacia la esfera pública, redimensionando a los sujetos hacia una actitud pasiva. Un miembro del equipo de investigación, a partir de su experiencia, llegó a sintetizar esta idea con las siguientes palabras:

“Hay una palabra que es política y esa resultaba ser la más atemorizante” (MM)¹⁵

Entre los nuevos métodos empleados por la dictadura, la figura del desaparecido lleva a un temor mucho más inquietante que la misma muerte. La idea de ser apartado de los seres queridos, ser “borrado” de la sociedad, y el hecho de ocultar el paradero de los cuerpos, refleja la intención de los victimarios de tener control sobre sus víctimas, incluso más allá de la muerte. La angustia que produce esa situación, sólo es reproducible en aquellos que han padecido esa pesadilla.

“En enero del ´77 secuestraron a mis dos chicos, de acá, Patricia y Jorge (...) A Patricia la llevaron a la Plata y a Jorge, lo único que supe es por la declaración de un chico que estuvo en el pozo de Banfield, es que en el año ´79, eh... nombra a fulano, zutano, mengano, Jorge (...), que estaba muy deteriorado física y psíquicamente. Y ahí te puedo asegurar es cuando yo realmente me desespero y hubiera preferido saber que mi hijo al día siguiente que se lo llevaron de acá, lo mataron de un tiro en la cabeza, hubiera preferido eso, porque sabiendo las cosas que tuvieron que vivir. Que dos años vivió, vivió mi hijo, eso es hasta el día de hoy que a mí me, me encoge el corazón ...” (PC)

Por otro lado, los testimonios de los individuos identificados con la lucha planteada por las Fuerzas Armadas dan muestras en líneas generales de una interpretación común acerca de la represión y las técnicas del terror. Estas estaban dirigidas a un sector acotado de la sociedad; lo cual actuaba de tranquilizante saber que el terror estaba circunscripto sólo a elementos subversivos. Esta forma de entender el terror propagó desde la intimidad del espacio privado la triste expresión *“por algo será”*.

¹⁵ M. I. González Carella; “Algunas consideraciones acerca de la tarea de campo”, en M. Ferrari, M. Taroncher (comps), *Política y sociedad en la Argentina ...*, op. cit.

“Mira, de los chicos que desaparecieron, desaparecieron porque se metieron en la guerra”. (JA)

Como sostienen Palermo y Novaro los individuos esgrimían en esa frase un criterio de selectividad, un “corte” del cual se autopercebían fuera del círculo de sangre. Por otro lado, esta tendencia a culpabilizar a las víctimas, al tiempo que formalizaba una coartada legal al aparato represivo, mitigaba el peso de la conciencia colectiva manteniéndose al margen del proceso¹⁶.

Se destaca que una amplia mayoría de los testimonios se pronunciaron en contra de la violencia y a toda justificación de esta. El hecho de desaprobado los métodos utilizados por las Fuerzas Armadas, no obstante, no significó, una voz de protesta por parte de este margen de la sociedad sino que esa protesta se reservó a la intimidad de la esfera privada. Muchos pretendieron utilizar el silencio como estrategia de supervivencia.

En algunos casos, la angustia de saber y no actuar llevó, como un mecanismo de autodefensa, a no interesarse por aquellas cuestiones que no podían remediarse. Un sentido de seguridad lo constituía el simple hecho de pretender ignorar lo que estaba ocurriendo en el país. Esto llevó a una nueva clase de fobia en la sociedad. Fobia que aisló irremediablemente a los individuos de la vida política no sólo desde la participación directa sino desde la comprensión, del ejercicio de la memoria de lo político en sí. En este sentido algunos de los entrevistados alegaban la siguiente expresión: *“¿qué voy a hablar yo?, ¿qué sé yo?”*, demostrando así, una autopercepción de invalidez para hablar de determinados temas.

De esta forma, el consentimiento deseado y no deseado y el desconocimiento reflejan la síntesis de los años del régimen dictatorial.

¹⁶ Marcos Novaro, Vicente Palermo; La dictadura militar 1976 – 1983: del golpe de Estado a la restauración democrática. Buenos Aires: Paidós, 2003.

Los alcances de la dictadura: interpretaciones fragmentadas del “proceso”

La coyuntura previa al golpe caracterizada por el caos y el desgobierno propició el marco necesario para fundamentar cambios ambiciosos de un sector de la sociedad cuya aspiración era conformar un poder autónomo lejos de los reclamos sectoriales. En este sentido, la dictadura fue posible en un país que estaba gestando un proyecto de transformación estructural para lo cual era indispensable una sociedad desmovilizada.

La conformación del nuevo consenso interno que repudiaba el populismo y las formas de organización de la economía entendieron el proteccionismo industrialista y el estatismo como la base de sustentación de la penetración marxista. Ante esta situación, la doctrina de la seguridad nacional fue percibida como la única alternativa viable para hacer frente a esta amenaza. Si bien, este fundamento ideológico se difundió a partir de una alianza cívico – militar conservadora es interesante destacar que una proporción amplia de la sociedad adhirió a este diagnóstico que proponía soluciones extremas.

La autoría intelectual del golpe y de los posteriores mecanismos del terrorismo de Estado sólo son entendibles si conjugamos las causas que se hicieron presentes con anterioridad a éste y el resultado manifiesto de los cambios económico – sociales luego del proceso. Más allá de la percepción de la guerra interna, la autoría del golpe y el uso de la violencia que se lleva a cabo responde a la necesidad de aplicar un Programa de reordenamiento económico y social que de otra forma nunca hubiera llegado a la práctica.

Es interesante destacar que la “Revolución desde arriba” propiciada por la dictadura haya contado con el consenso de gran parte la población con miras a terminar con el desgobierno, debilidad e inseguridad del gobierno de Isabel sin plantear alternativas ajenas a la ‘solución militar’. En cuanto a los entrevistados, se distinguen tres posiciones diferenciadas. “En primer lugar la de aquellos que rechazan abiertamente el golpe. En segundo lugar, un grupo minoritario que se manifiesta a favor del golpe y por último, un tercer grupo que tiene una posición más ambigua en la que se muestra en contra de los militares, lo que no impide que

justifique el golpe dadas las características del gobierno derrocado”.¹⁷ Cuando se interrogó acerca de la forma en que se combatió a la guerrilla, el número de entrevistados que está a favor es significativamente menor. Muchos que estuvieron a favor del golpe se pronunciaron en forma negativa hacia las técnicas utilizadas por los militares.

En algunos casos, la promesa militar de poner fin a los desmanes provocados por la guerrilla y por las bandas de la ultraderecha peronista contribuyó a la ilusión, aunque momentánea, de que el Proceso establecería un equilibrio de poderes. También iban a poner fin al gobierno de Isabel Perón

“... siempre dije que no me gustan los golpes, pero en ese caso me parece que fue un disparate de Perón colocar de vicepresidente en la lista. Más a una mujer que no era preparada para nada. Y bue... y el resultado se vio. Porque si ella fue la que pidió las fuerzas armadas, ella misma pidió... ¿cómo se llama?... que pongan orden, porque se le iba de las manos, y los otros sí, pidió que la ayuden... y la metieron adentro del helicóptero... y la llevaron a pasear.” (MB)

“Bueno ahí hubo una especie, un lapsus en mi memoria, yo no podía esteee tolerar ya la presencia de Isabel. La veía una mujer incapaz no, no, no sin fuerza, sin nada: Tenía directivos corruptos alrededor de ella, No. Bueno entonces era necesario algo, era necesario un cambio ¿no? Algo mejor no estaría bien el asunto militar, pero la única forma que podía cortarse eso ¿no?” (A)

Incluso, uno de los entrevistados dando conformidad al golpe perpetrado contra Isabel, opinó lo siguiente:

“¡Por supuesto! ¡Tendrían que haberla matado! (SH)

¹⁷ Marcela Ferrari, Mariano Fabris; “Los golpes de Estado en la memoria de nuestros adultos mayores”. Ponencia presentada en el Encuentro internacional de Historia Oral y Archivos de la Memoria” y Primer Encuentro Nacional de Historia Oral “Usos y expresiones de la oralidad en educación” (2005)

Este rechazo generó el caldo de cultivo válido para dar un consentimiento tácito de la ciudadanía hacia los militares

La permisividad concedida a la acción militar acarrió, como bien sabemos, el terror de estado. Y ese terror llevó a un silencio cómplice de alguna parte de la sociedad que tenía conocimiento de la represión

“¡Pero, no! Eso no me gustó, porque nosotros sabíamos todo, porque estábamos a un paso, pero yo, como estábamos en un barrio militar nos enterábamos de todo, pero no decíamos nada. Salían de la base de Ezeiza, y los llevaban y los tiraban al mar, eso si lo sufrí yo, escuché los comentarios, estábamos viviendo ahí nosotros, después, no podían hablar...” (AL)

Y callaban pese a, *ex post*, hoy juzgan duramente a la dictadura y al régimen de terror

“Absolutamente nazis ellos salieron a pescar gente. No llevaron una medio mundo, salieron a matar. Primero ... la gente de La Plata, los médicos, los estudiantes, los muchachos que recién comenzaban como sindicalistas que eran capataces, todo les vino bien porque trabajaban en la noche...fueron asesinos y gozaban con el serlo. Y hay tantas cosas que quedan en el camino, los periódicos que no hablaban con claridad, los que podían no hacerlo, los que no querían hacerlo y como siempre un telón negro sobre el pueblo. Un telón negro porque era de luto. Mataron tres generaciones de jóvenes”. (BM)

En el testimonio de un anarquista, se interpreta en el accionar de la guerrilla intereses ocultos que escapan a la fundamentación de su discurso:

“La guerrilla fue una cosa jodida en la Argentina (...) porque Montoneros era un grupo completamente religioso, bastante ... bastante fascista (...) Vos te das cuenta que ... no se mató ningún patrón de campo, todos los que mataron fueron industriales (...)Te das cuenta? ... Pero Martínez de

Hoz, o ... los Anchorena, todos esos ... ninguno tuvo problemas de esos. Los industriales tuvieron problemas. (...) Porque estaban en contra del desarrollo de la industria, porque Firmenich era un pequeño campesino, y si eso le salía bien se hubiera hecho un estanciero de 10.000 hectáreas, 100.000 hectáreas. (...) Ellos se quedaron con los 30 millones de Bunge, y después fueron socios de Bunge. (...) Por eso a mi me parece ... por eso nosotros no hablamos de robo, hablamos de expropiación, que es diferente. ... Te das cuenta? Una cosa es expropiar para darle al que no tiene y otra cosa es robar para ponerlo en el bolsillo..." (AS)

Mas no todo fue miedo y olvido. Algunos justifican aún hoy la represión

"La lucha había que plantearla de una forma u otra. Para el estado argentino, mejor dicho, la República Argentina, se estaban conduciendo tanto unos como otros, que había que llegar a eso porque si no iba a ser la destrucción total. Hubo algo que fue malo, pero (¿?)..." (GA)

La autocrítica es menos frecuente. Pero, sin embargo, aparece en algunos testimonios.

"La lucha siempre la veo bien. A lo que no voy a ver nunca bien es a la lucha armada. Pero que pasa... es que del otro lado tenían mucha roña. Y tuvieron, la juventud de toda esa época, tuvo la gran contra de... del pueblo adulto. Que si los agarraban decían: algo habrán hecho. En este país, la verdad, yo lo quiero, pero que somos fascistas, somos fascistas. Y que somos cómodos también, Y que somos amantes del mango... Y a partir de Martínez de Hoz nos hicimos todos financistas (...) Esa frase (...) célebre: pongo la guíta a trabajar. Es repugnante". (BJ)

Ese comentario condensa un clima de época que transmite la disolución de lazos de solidaridad en el que "el proceso" sí fue muy eficaz. Evidentemente, se lograba el objetivo último de la represión. El desgobierno, la complacencia y las prácticas

demagógicas entendidas por los militares como el origen de la corrupción del gobierno peronista fueron interpretados luego, como la culminación de una etapa, el ocaso keynesiano, al tiempo que la “revolución neoliberal” impulsada por las teorías de Friedrich von Hayek y Milton Friedman ponían fin a las políticas distribucionistas propias del Estado de bienestar. Al respecto, el malogrado plan de Celestino Rodrigo había dejado en claro que se necesitaría de una violencia extraordinaria para poner en práctica un programa de semejantes características. Así, por medio del terror, el proyecto liberal corporativo solucionaba mediante el puño cerrado de su momentáneo aliado las restricciones históricas de períodos anteriores.

La etapa de la “plata dulce” llevaba a gran parte de la clase media al juego especulativo en el marco de la reforma financiera que rompía con todos los usos establecidos desde la creación del BCRA en 1935, dejando de lado las regulaciones para el mercado del dinero que habían sido la norma durante los tres gobiernos peronistas. La liberación total terminaría desmoronando el sistema y provocando que en esa estrepitosa caída el sector productivo y el propio Estado pagasen la mayor parte de los costos. Esa sería la herencia económica de la dictadura: la socialización de las pérdidas y la creciente deuda externa. No obstante, esto no impide en la percepción de algunos entrevistados un sentido de añoranza vinculado al proceso.

“... en el trabajo nuestro hemos vivido mejor cuando estuvieron los militares. Pero ahora se esta pésimamente” (AG)

En tal sentido se destaca en la memoria de los entrevistados una falta de asociación de la metodología utilizada por las Fuerzas Armadas con la necesidad de implantar los cambios económicos – sociales que se hacían referencia. Esto demuestra que los verdaderos alcances de la dictadura eran ajenos a la mayoría, no sólo en el período estudiado sino, incluso con posterioridad ya que no hay en los entrevistados una reelaboración narrativa en función de los discursos propios de los gobiernos subsiguientes, dentro de marcos democráticos. Esto permite observar, en los testimonios que se evocan, la perdurabilidad de una visión fragmentada de los acontecimientos que signaron ese período tan complejo y particular de la historia argentina.

Conclusiones:

Al explorar la memoria de los entrevistados y la percepción que éstos tienen de la dictadura, se hace alusión, en primer lugar, a la heterogeneidad de los testimonios. Esta heterogeneidad muestra el fracaso de la dictadura al pretender expropiar la memoria social haciéndola ver como un producto homogéneo y coherente a partir de su discurso. El resultado de esa diversidad para entender el período expresa un entendimiento, en ocasiones atado al pasado, al discurso de época; y en otras, a un trabajo de reinterpretación de lo vivido, de los recuerdos y vivencias atravesado por discursos e interpretaciones posteriores a la dictadura que hacen cambiar de parecer los criterios y opiniones que dan cuenta del “proceso”.

Por otro lado, es interesante destacar que la lectura que se hace de dichas impresiones se limitan al aspecto político en cuanto a las responsabilidades que lo hicieron posible. La contraparte cívica que dio forma al golpe, es decir, el proyecto liberal corporativo beneficiado en este contexto, parece escapar de las responsabilidades y culpas del régimen dictatorial.

El miedo, sin duda influyó en las representaciones de los entrevistados en el sentido que calló durante el proceso toda voz que pretendiera pronunciarse en contra de este y de sus métodos. Al respecto, se percibe de forma positiva, en buena proporción de los entrevistados, la actuación de los militares al poner fin al desgobierno y la corrupción del gobierno de Isabel Martínez de Perón; sin embargo las técnicas para erradicar la guerrilla escandalizaron por su excesiva violencia y arbitrio, fuera de todo marco legal, siendo estas apoyadas y compartidas en menor medida. Un porcentaje menor se desentendía por completo del período evadiendo las preguntas con silencios y olvidos. No cabe dudas que estos olvidos intencionados, o reticencias a hablar del período en la mayoría de los casos corresponden a los resabios que esa política del terror impregnó a los ciudadanos. Cabe destacar al respecto que las huellas o marcas del proceso pervivieron, en muchos casos, junto al temor hasta nuestros días. Esa *cultura del miedo* promovida por la dictadura dejó una impronta muy fuerte en la memoria de las generaciones, particularmente en los actores indirectos o simples espectadores del terror.

Entre los fracasos y errores que llevaron al descrédito de las Fuerzas Armadas, la dictadura tuvo un éxito incuestionable: *La cultura del miedo* transfiguró al sujeto social reconfigurándolo, despoyséndolo de su esencia colectiva, exaltándolo en su propia individualidad y rompiendo los lazos de solidaridad propios de entonces. En tal sentido, las consecuencias del terrorismo de Estado se hacen visibles en una sociedad que hacia los años previos a la dictadura tenía un alto grado de politización y de participación en las cuestiones públicas, mientras que luego de la restauración democrática esa misma sociedad se encuentra incapaz de vehicular un proyecto con perspectiva colectiva. La *cultura del miedo* inducida por la dictadura afectó a los individuos en su conjunto llevándolos a la evasión, la apatía y a descartar posibilidad alguna de reacción en una sociedad que cambia radicalmente de la movilización a la inacción.¹⁸ Los artífices de ese cambio, compuesto de militares y un sector elitista de la sociedad civil, asumirán un proyecto refundacional que a la vista de los espectadores se irá desdibujando, adquiriendo un horizonte difuso detrás de un telón de fondo que sirvió para ocultar el terror y la ilegalidad que lo hizo posible. El corolario de este proceso permite observar que aquellos que fueron signados por el peso de la violencia presentan una memoria indeleble de dichos acontecimientos mientras que, la indiferencia y el esceptismo hicieron frágil a la memoria de los que no fueron víctimas directas del terror. Esa impasibilidad llevó a que el tiempo del silencio se prolongara más allá de la dictadura permitiendo que la ilegalidad del aparato estatal represivo se percibiera en la sociedad como una tragedia subterránea difícil de explicar.

¹⁸ Los hechos ocurridos en diciembre de 2001 representan un quiebre momentáneo de tal situación.